

Zaidianas

Mauricio Tenorio Trillo

DEL ENSAYO EN MÉXICO

Un ensayo no es un informe de investigación realizado en el laboratorio: es el laboratorio mismo...

Gabriel Zaid, “La carretilla alfonsina”

En México ensayar ha sido oficio y vicio. En las estanterías se acumulan más ensayos que tratados o investigaciones, y decir que se cuenta con una tradición ensayística no es negar que, por simple cálculo de probabilidades, haya habido más ensayos que ideas, más ensayar que pensar. A veces, el ensayo ha sido el enemigo a vencer para los profesionales del conocimiento, ora para los abogados y médicos positivistas de finales del XIX, ora para los politólogos, *literary critics* o economistas de finales del XX. Y es que, dicen, el ensayo engaña porque la “tentación de decorar” es más grande que la importancia del tema que se trata (Virginia Woolf). Pero no cesa la queja de los expertos, tampoco el ensayismo y su desdén por la prosa vacua y la ignorancia de los *Ph.D.* Y hay pruebas, en cualquier periódico de cualquier mañana de cualquier ciudad de México, de que el experto mexicano ansía ser ensayista en secreto, pues el género da prestigio y visibilidad; y, lo quiera o no, el buen ensayista se nutre de los estudios de expertos de toda índole. No hay duda: es a golpe de ensayos que las buenas y malas ideas se han discutido y divulgado en México. Acerca de todo se ensaya y la ilusión persiste: mexicano, mexicana + pluma = Montaigne.

Hay dos cosas sobre las que se ensaya poco y con escasa lucidez en México: el ensayar mismo y la economía, si bien está claro que en el ensayo sobre el ensayo hemos contado con Alfonso Reyes, Octavio Paz y Gabriel Zaid, entre otros. Por donde se mire, sin embargo, tanta manía ensayística palidece ante tan redu-

cida conciencia del ensayismo. Más escaso aún ha sido el ensayo sobre economía, quiero decir, la economía puesta en *ensayo*: ese tratar un tema desde varios ángulos, sin declarar totalmente entendida ninguna arista, divulgando conocimiento y creando la posibilidad de verdad dentro de una argumentación que es verosímil y útil porque es a un tiempo lógica, inacabada, racional y literaria. Este tipo de intimidad no ha sido común en el trato de lo económico. Andrés Molina Enríquez y Luis Wistano Orozco lo hacían, pero fue más famoso un ensayo menor, *La sucesión presidencial de 1910* (1908), y causó poco revuelo una colección de ensayos mucho más influyentes para el futuro de las discusiones económicas y políticas del país: *Los grandes problemas nacionales* (1909). Más recientemente, Leopoldo Solís, David Ibarra y Víctor Urquidí, por mencionar pocos, practicaron el género del ensayo económico, aunque sin mucho eco fuera del gueto profesional. El ensayo sólo es él mismo entre ensayos, en la resonancia de diálogos y pleitos. Para nuestra gran fortuna también ha habido pocos Luis Pazos, pensamiento dizque económico, prosa enclenque de *bestseller wannabe*, ideólogo y diputado. Pero tampoco es que haya habido mucho ensayo del signo contrario: durante las décadas de 1970 y 1980 lo que regía no eran ni ensayos ni *papers* académicos, sino un pseudoensayismo de revistas universitarias y culturales, una exégesis en la búsqueda colectiva del capítulo 24 de la Acumulación Originaria para México. Era difícil descifrar esos textos sobre modos de producción que vienen y van o se articulan, sobre los ciclos del capital, dinero, mercancía, sobre la plusvalía del proletariado que se hizo carne y habitó entre nosotros. Y eso sí tuvo mucha resonancia, pero no era un verdadero *ensayar* ideas económicas.

Desde la década de los setentas, uno de los pocos y grandes ensayistas mexicanos de la economía ha sido Gabriel Zaid. Resulta difícil decir que el ensayo de economía cuente hoy con una sonoridad de largo tiempo, como otrora lo tuvo el pensamiento económico ibérico de los arbitristas a Gaspar Melchor de Jovellanos, de Cánovas del Castillo a Manuel Azaña. En inglés, sobra decirlo, hay una larga tradición, y en el siglo XX ha habido muchos William Hazlitt de la economía: el propio Keynes o uno de los más lúcidos ensayistas de la última parte del siglo XX, Albert O. Hirschman; los cortos ensayos sobre racionalidad de Kenneth Arrow o los ensayos sobre cómo llegar al desarrollo, verdaderos *essays* de economía y literatura, del ruso emigrado a los Estados Unidos Alexander Gerschenkron, o en

la sociabilidad sentimental que para la década de 1930 ya había hecho sentido común de este discutir público de lo económico, por lo que “*Love at least a small percent of me, for I love all of you*” (Cole Porter). Esta tradición también es visible en lo más influyente y granado del ensayismo actual escrito en inglés. Repárese en esto: hoy, una parte de lo mejor y más influyente del ensayo en inglés no proviene de literatos profesionales o de críticos de estudios culturales, sino de los expertos por excelencia, de economistas, biólogos y médicos: Paul Krugman, Oliver Sacks, Joseph E. Stiglitz, Jeffrey Sachs, Luis Álvarez, Francisco González Crussi, A. Sen, Stephen Jay Gould. En portugués, Eduardo Giannetti y Wanderley Guilherme dos Santos son de lo mejor del ensayismo económico y político actual, poco conocidos en castellano. Y en francés, son de no perderse los ensayos sobre el desarrollo como la gran creencia occidental de Gilbert Rist, o algunas connotaciones económicas de los ensayos de Marcel Gauchet, por mencionar apenas un par. Sólo forzando mucho las cosas podría decirse que existe un Hirschman mexicano. Mejor dicho, pocos como Zaid, quien mezcla al Dr. Johnson con el Dr. Hirschman. No es Krugman, evidentemente, porque Zaid no es tan economista, pero sobre todo porque Krugman no es poeta.

El progreso improductivo (1979), *La economía presidencial* (1987), inclusive *Los demasiados libros* (1972, 1996), entre otros, fueron ensayos de economías posibles, de pragmatismo y de propuestas claras lanzadas con lucidez. Y esto en medio de planes de desarrollo grandilocuentes y escolasticismo neoclásico, dependentista, desarrollista o marxista. Zaid mostraba que las ideas diferentes eran posibles y trascendentes cuando más claro era el consenso. Releer *El progreso improductivo* en 2004 produce todo, menos indiferencia. La libertad de pensamiento y la imaginación, *malgré tout*, eran y son posibles. En plena década de 1970 alguien podía diseccionar el desastre económico al que nos encaminábamos. Prueba de lo que sir J. M. Keynes escribiera al final de su *General Theory*: que las ideas, buenas y malas, de economistas y filósofos políticos, son más importantes de lo que se cree; incluso los hombres más prácticos y antiintelectuales “son con frecuencia los esclavos de algún difunto economista”. Y Zaid ensamblaba las ideas que destruían el consenso y hacía la disección del ensayo con bisturí, con ironía y datos, llevándonos de Keynes a Marx, de López Velarde a Pessoa, de la idea de Jonathan Swift sobre los niños pobres como alimento de los adultos ricos, al valor del tiempo producti-

vo. Con Zaid supimos el porqué de los universitarios al poder, y del progreso tecnológico, pero a través de la obsesión zaidiana por excelencia: la bicicleta. (Zaid hace muchas cosas con la bicicleta: cálculos, lecturas, ensayos, poesía.)

No debe sorprender que en Zaid, como en muchos otros, el ensayo económico se mezcle con la autoconciencia ensayística y, sobre todo, con la circunspección poética. Son edificios distintos pero es una arquitectura similar cuya materia prima es la agresividad, el uso de la poesía como una matriz de conocimiento más que literario, la precisión técnica, la ironía y la fascinación por el lenguaje. Los ensayistas muestran que todo esto es necesario para echar luz sobre lo complejo, pero con claridad, y para desenmascarar la profundidad de lo obvio. En 1950, Jacob Viner, un economista y ensayista de Chicago y Princeton (¿perdonará Zaid?), animaba a los estudiantes de economía para hacerse algo más que expertos. Viner decía que en 1714 sir Richard Blackmore escribió: “*Let idle Students on their Volumes pore / To cloud with Learning, what was clear before.*” A lo que Viner mismo, añadía: “*Let unlearned laymen not be too sure, / That what seems simple, is not obscure.*”

Zaid ha hecho del ensayo sobre el ensayo, sobre la economía, sobre la poesía, una única y deliciosa complejidad basada en el metódico recorte de lo obvio.

El ensayo sobre el ensayo es del mismo proceder que el ensayo sobre la poesía y que del ensayo sobre la economía. Es un pensar en voz alta desde la pericia técnica acerca de lo más pequeño y específico –un giro retórico, una rima, un impuesto– a contraluz de lo más abstracto e inasible –el conocimiento, la belleza, la angustia, la igualdad, el progreso–. Es un reflexionar de ideas muy grandes, las que parecen estar siempre en el aire (o así nos lo hace creer el buen ensayista), pero ante todo es la fábrica de las ideas pequeñas, las útiles y las escasas. Thorstein Veblen más Paul Valéry. El ensayo económico es eso: económico, breve, astuto, imaginativo y, algo que se dice poco, esperanzador y nostálgico. ¿Cuál de los grandes ensayistas económicos escribía sin la esperanza o la nostalgia del pleno empleo, la igualdad, el desarrollo económico, la eficiencia productiva? La esperanza es siempre un argumento por el cambio y, también, voluntad de belleza conceptual, que es lo propio de todo verdadero ensayo, teorema matemático o poema. “Todo lo que es bello y noble –decía Baudelaire– es el resultado de la razón y el cálculo.” ¿Por qué suele verse a lo poético tan lejos de lo práctico? Zaid mediante, todo va junto.

DE LAS VENTAJAS DE LA AGRESIVIDAD

El ensayo es tan difícil que los escritores mediocres no deberían ensayar: deberían limitarse al trabajo académico...

Gabriel Zaid, “La carretilla alfonsina”

Junto a la brevedad, la astucia y la esperanza va la mala leche: nada puede hacerse al respecto. Por más elegante que sea un ensayo, bien leído desvela agresividad. El buen ensayista elige el objeto de su mordacidad. La ojeriza de Flaubert, por decir, era contra el mundo burgués. Paz escogió al totalitarismo comunista y, por ello, hoy es una herencia irrenunciable. Zaid apuntó su artillería contra la economía estatista ineficiente y contra la no menos ineficaz inteligencia universitaria mexicana.

De un ingeniero, un universitario como el que más, nos vino esta voz crítica contra la creciente especialización del conocimiento y la boyante tecnocracia mexicana que viene floreciendo desde finales de la década de 1970. El poeta erudito, que es ingeniero y empresario, desarma al crítico literario de academia, al sociólogo que es tecnócrata de la revolución, guerrillero de aula, y al economista tricolor o harvardiano. La nostalgia aflora. Como Reyes, Viner o George Steiner, Zaid añora al hombre, la mujer, de libros e ideas, al personaje emersoniano que puede moverse cómodamente en el disfrute de la erudición y en la solución práctica de problemas evidentes. Y ataca lo mismo el escolasticismo y la poética de *creative writing program*, que al “saber costoso” de los tecnócratas al servicio del Estado.

La agresividad es bienvenida, pero los dragones que combate Zaid mutan con el tiempo. ¿Dónde está hoy el Estado omnipresente y todo poderoso que Zaid combatía en *El progreso improductivo* o en *La economía presidencial*? ¿Es posible ensayar economía fuera del desarrollo académico que la disciplina ha sufrido en las últimas décadas? No es para sentir nostalgia ni del Estado fuerte ni de una economía lírica, pero los nuevos tiempos dan mucho para pensar y repensar. Sin embargo, Zaid ensayista, faltaba más, habita siempre en la ambigüedad. Una de cal y otra de arena: Zaid ha sido la más lúcida y agresiva crítica, con su prosa y su vida, del oportunismo y la superficialidad de la inteligencia mexicana, académica o no. A su vez, también es el ensayista que menos habla de oídas, que lee y cita más trabajos de “expertos”, y que más dice “esto o aquello debería ser mejor in-

vestigado”, “cuando la historia de tal o cual cosa sea escrita...”, “habría que estudiarse a fondo”. Zaid combate al dragón al que invita a comer. Una de cal y otra de arena: es el ensayista económico que en 1979 desarmaba el tinglado ideológico y corrupto de una “economía” estatista de expertos; entonces Zaid no creía en el Estado mexicano centralista, corrupto y autoritario como factor de redistribución del ingreso: veía una relación clara en la subida de la desigualdad y el aumento de los impuestos. ¿Y ahora, en los años 2000? Aquí y allá Zaid va dando señas de cómo será *El progreso improductivo* para los nuevos escenarios, pero es el libro que aún nos debe. Que Zaid nos dé ideas, de esas grandes y pequeñas que él arma. De otra manera, parece que a los dragones que combate Zaid les crecen cabezas cada vez que los degüella... Y las nuevas cabezas se parecen a la espada que las originó. Porque, independientemente de su aplicación correcta o incorrecta, ¿no suena a veces la retórica económica foxista a Zaid? No nos deje, Zaid. ¿Dónde hay más ideas públicas? ¿En los despachos de economistas que armaron al trochemoche una reforma fiscal que nadie entendió? Más espada, Zaid, pero no a la cabeza: ¡al corazón!, al de los males que combate y al de las creencias que nos contienen, inclusive a usted, maestro.

DE LA POESÍA, MAGISTRA VITAE.

Toda pretensión normativa de la retórica seguirá condenada al fracaso. La retórica del futuro descubrirá leyes físicas de la realidad poética, en vez de dictarle leyes normativas. Será una nueva geografía, no una nueva legislación.

Gabriel Zaid, “Retórica y visión poética”

Entre vivir y pensar
la puerta a medio cerrar
ver es ser de par en par.
Gabriel Zaid, “Claustro”

Muchas veces el ensayo sobre poesía en México y en España ha consistido en el palabreo de un amigo con otro amigo (o enemigo); un parafraseo jazzístico o una burla de la tonada que marca una poesía o un libro de poemas. Nada más alejado del ensayo moderno sobre poesía. Cuando el verdadero espíritu ensayista aborda

con lucidez la poesía, surge una de las raras imágenes donde la inteligencia muestra sus engranes, se ve al espejo, se ajusta, se mide y se calibra sin pudor frente al lector. En el castellano del siglo XX, varios –no tantos como se cree– han ensayado así sobre poesía (Salinas, Borges, Reyes, Cernuda, Cuesta, Zambrano, Valente, Bergamín, Paz, por mencionar pocos ejemplos). De leer poesía se aprende a atrapar al uno mismo que nunca está fuera para asirlo; se aprende a capturar la parte de la realidad que es indecible en otro lenguaje pero de una forma rigurosa, casi técnica, que cuando está dicha establece una verdad al menos provisional, un conocimiento útil y cierto para sentir, pensar o actuar. Pero pocos han exportado esa clarividencia a otros campos de las cuestiones humanas. Guste o no la capacidad de Valéry para pensar el conocimiento poético, lo cierto es que él dio el salto de pensar con ello todo, la historia, la política. . . ¡La ciencia! La poesía, decía Wordsworth en sus *Lyrical Ballads*, es “el suspiro y el espíritu más fino del conocimiento, lleva a la sensación hasta el dominio de los mismos objetos de la ciencia”.

Entre nosotros, Gabriel Zaid es único en estos menesteres. De esa obsesión por la arquitectura poética hereda una visión de rayos equis para la formulación y la solución de problemas económicos y de toma de decisiones. La intuición de hacedor y de lector de poesía se mete en el tablero del ajedrez de incentivos económicos y políticos para arar ideas pequeñas y enormes con la ironía ensayística, la riqueza conceptual y la voluntad aforística, sólo posible para el conocimiento que llamamos poesía. También, aunque quién soy yo para decirlo, en la *economía* de su poesía se ve la calculadora de economista que se coló al taller de la poesía. Pero que digan los poetas, no yo, si esta sospecha es cierta.

La mente ensayista sabe que es muy sospechoso mantener verdades y sistemas largamente establecidos; la mente poética no ignora que es tan grave vivir con certezas como vivir sin reglas y sin hallazgos. El que ensaya sobre poesía entiende que, aunque todo esté por descubrirse, no todo va; sabe que “a partir de la misma impresión, uno hace un canto y el otro una teoría analítica” (Valéry).

DEL EXTRAÑO ENSAYO DEL ENSAYISTA ERMITAÑO

Su capacidad de marginación económica y social le ayudó hacer su vida como una obra. También hizo crítica de la vida por su forma de vivir.

Gabriel Zaid, "Cernuda crítico"

¿Cernuda? No sé si fue Cernuda lo que Zaid ha sido en la vida intelectual de México, pero... Cosas de poetas. Lo cierto es que Zaid ha sido un poco la sublimación y también el anatema más grande del intelectual mexicano. No cabe en ninguna clasificación, es el anti-mexicano de lo intelectual o el anti-intelectual mexicano... Aún hoy, en el 2004. No vive ni ha vivido del Estado, tampoco es, ni parece querer ser, la institución Alfonso Reyes, Cosío Villegas u Octavio Paz. No lo imagino de comentarista estrella de televisión. No se conoce su rostro, no aspira, creo, como cualquier intelectual mexicano que se respete, a tener el dinero o el prestigio de Kissinger, ni la pureza política de Sartre, ni la trascendencia teórica y política de Fernando Henrique Cardozo, ni la popularidad de Harry Potter, ni el *sex appeal* de Lord Byron o Anaïs Nin, ni la importancia de, por decir algo, un Cristo o El Profeta, deseos a los que nos tiene acostumbrados la inteligencia mexicana que añora con igual urgencia el SNI o una beca de creador o un premio planetario o una embajada. Hoy las cosas han cambiado, o eso se dice. Mucho agente literario, mucha televisión y muchos negocios, pero la clase cultural mexicana sigue sirviendo al mismo patrón: al beneplácito de un Estado nacional para el logro de una gloria internacional que es sólo eso, gloria, porque es el apersonamiento más o menos oficial de una mítica y vieja mercancía occidental (México). Lo que se observa es una diversificación en las presentaciones del mismo producto (lo mexicano) y en esencia el mismo cliente. Zaid es de otro mundo por completo. Una rareza total, la prueba de que las cosas pudieron haber sido, y pueden ser, de otra manera. Más Zaid's son acaso imposibles y sólo producirían críticas e ideas, no premios ni monumentos. Esto no es garantía de nada, pero es indispensable. Mientras haya Zaid, existe la certeza de que es meramente *uno* de los juegos que todos jugamos.

DE DIOS

El escritor señaladamente católico (Claudel, Chesterton, Papini) es un heterodoxo que se gana el derecho de admisión en el discurso dominante: un creyente de creencias que hemos dejado atrás, que insiste en hablar con nosotros y que lo hace tan bien que, aunque quisiéramos, no lo podemos ignorar. Tiene que dominar el discurso moderno, sin dejar de ser católico; ser bilingüe, bicultural, casi un antropólogo, capaz de situarse en ambos discursos, desde adentro y desde fuera.

Gabriel Zaid, “Muerte y resurrección de la cultura católica”, en *Tres poetas católicos*

A Ulrich, el hombre sin atributos de Robert Musil, la ausencia de la certeza de Dios lo lleva al refugio del ensayo. Ensayar es su evangelio, que no lo salva de la soledad, no lo exculpa de pensar. Antero de Quental, ese gran poeta portugués, encontró en el soneto la fuerza para salvar la fe de las garras de la razón: “*Bem o sinto sobre o meu leito/ Uma a uma verter sobre o meu peito/ As lágrimas geladas da descrença!*” La métrica fue a cuenta de sus jaculatorias. Cyril Connolly, por su parte, podía descreer sólo de un tipo de Dios, el romántico individual: “No puede haber un Dios personal sin una religión pesimista –decía– en el momento que se aparece un Dios personal, resulta un Dios decepcionante (*disappointment*) [...] Con el budismo, el taoísmo, el quietismo y el Dios de Spinoza no se puede dar *disappointment* porque no hay *appointment* [cita]”. A este Dios racional, desencantado, poético y más que personal, a esta suerte de, dirían los biólogos de hoy, *wired ethics* colectivamente irrenunciable, apela el ensayismo y la poesía de Zaid, un escritor católico. Eso es, católico.

Un Dios que es institución en tanto que es ritos aceptados y repetidos, en tanto que es uno que otro edificio donde huele a nardo, que es a lo que huele en México, bien oído, Dios. Zaid, un liberal, escritor y católico, parece una enfermedad de la historia intelectual mexicana. Lo curioso es que no lo es tanto; es más, Zaid enseña que a este respecto hay un círculo vicioso insuperado en el mercado de las ideas en México:

1. Un deber ser ha sido largamente institucionalizado en las leyes, en la familia, en los arreglos formales e informales de cada espacio social; un deber ser muy cercano a una tradición católica.
2. En el siglo XIX, los liberales y los conservadores, y en el XX, los jacobinos revolucionarios o priistas, apelaron a ese deber ser institucionalizado, ya en la idea del “pueblo” como un espíritu impoluto y bueno, o ya en el Estado o la nación como una religión cívica donde el Dios es otro, pero la infraestructura ética se monta sobre las viejas instituciones del deber ser.
3. Por lo tanto, el jacobinismo mexicano, liberal o revolucionario, más que haber sido malo o bueno para el país, no ha sido cierto.
4. Lo mismo se concluye para la contraparte del jacobinismo nacional: los intelectuales, que durante los últimos ochenta años han mantenido arreglos con el Estado, han apoyado a un presidente o a otro, han favorecido guerrillas o dictadores un día y son embajadores el otro, o llevan vidas postsesenteras (que ya arreglarán la pareja y los hijos, y entenderán que el bajo vientre demanda y que la autoestima es lo importante y que *yo estoy bien, tú estas bien*). Pero cuando el presidente al que han servido cae en desgracia, entonces apelan al deber ser y hablan del bien y del mal y del pecado del viejo régimen cual impolutas conciencias morales; cuando se acaba la comisión o la beca, entonces, cual Santa Teresa, hablan del desprecio del Estado por lo espiritual y lo sublime; cuando son ellos las víctimas de la autoestima de alguien, entonces apelan a la ética cristiana institucionalizada en boleros. Unos alcanzan al fin las conclusiones a las que ya se ha llegado en cualquier patio de vecindad (“finalmente comprendo que en la vida todo es falso, pero tú eres mucho más”), otros se ponen a dudar de su propia amoralidad y posmodernidad con los argumentos de la abuela: “Yo, que llevo enterrados tantos sueños/ yo, que guardo tantas tumbas en alma/ no sé por qué sollozo y tiemblo/ al cavar una más en mis entrañas.”
5. Se concluye que el mercado cultural mexicano favorece a los *free riders* éticos que se benefician de la infraestructura ética, ante la cual no son *accountable*.

Pero Zaid es de otra especie. Ha sido el menos moralino, el más lúcido de los críticos católicos de la segunda mitad del siglo XX mexicano. Guste o no su posición, no oculta ni huye a su compromiso, y es él quien ha querido rearmar la tra-

dición que une catolicismo con modernidad, Dios con la razón, la duda y la tristeza con la esperanza. Y ensayar bien, con mala leche, con ironía, con honestidad, con ética, no es rezar, pero no le va mal a nadie, ni a Dios.

DEL HUMOR

Palabra de hombre 1956-1966 de Jesús Arrellano es un libro cruel. No es bonito ver tanto amor a la poesía tan mal correspondido.

Gabriel Zaid, "Recuento de un año antológico"

En México ha habido excelentes ensayistas con poco humor, pero el ensayo respira mejor cuando encuentra a su media naranja: el humor y la ironía. Se puede hablar del ensayo con la profundidad de un Lukacs o de un Adorno, pero no hay mejor ensayar que la búsqueda de la provocación, la revelación y el conocimiento a través de escarbar los envases de la razón y la sin razón, es decir, a través del humor y la ironía. Montaigne, Saint-Beuve, Hazlitt, Emerson, Twain, Pessoa, Ortega, Gómez de la Serna, Cunqueiro, H.L. Mencken, inclusive Steiner y Marcel Reich-Ranicki, hacen pensar y actuar, en parte, porque hacen que los labios se nos tuerzan burlescamente.

En la segunda mitad del siglo XX, lo mejor del ensayismo mexicano ha sufrido a veces de escasez y de exceso de humor (no me hagan decir nombres). En el ensayo de poesía y de economía, Zaid ha logrado el equilibrio, en el que humor e ironía crean ideas que son prácticas porque son burlas que demuelen y risas que edifican. Zaid ha mostrado que se puede ser valiente sin ser víctima, católico pero no santo, satírico pero serio, cáustico pero no vejatorio. A este equilibrio apunta lo mejor de la ensayística de generaciones más jóvenes. Pero es un equilibrio difícil de alcanzar, pues el humor y la ironía pueden esclavizar al ensayista a buscar el chiste a toda costa; además, aun logrando el mejor balance entre humor y seriedad, al humor le pasa lo que a la poesía: siempre es considerado un adorno importante pero no esencial, no práctico y no parte del verdadero conocimiento. La verdad es que el humor y la ironía forman el mecanismo más añejo y útil para saber y, sobre todo, para dejar de saber. Es el mecanismo que asegura la supervivencia de la duda y un cierto grado de autocrítica.

DEL LENGUAJE Y EL EXTRAÑAMIENTO

Es la segunda lengua (sobre todo tardía), la que nos permite revivir oscuramente esa aventura, la que nos remonta a los orígenes de ser nosotros, la que nos marea con el vértigo de ser otros, de actuar en otro mundo, de negarnos a nosotros mismos, fuera del hogar, del mundo que parecía el Mundo y sigue siéndolo, cuestionado, abierto, enriquecido, por este descubrimiento.

Gabriel Zaid , “Cantando para nadie”.

Las cosas su silencio
llevan como su esquila

Tienen sombra: lo aceptan
Tienen nombre: lo olvidan.

Gabriel Zaid, “Pastoral”

Sería suicida querer alcanzar la perfección castiza del ensayo que los de mi generación leímos en *Vuelta* a la edad en que todo es lección, la que nos daban Antonio Alatorre u Octavio Paz o Ida Vitale o Gabriel Zaid. Pero son maestros del lenguaje gracias a su propia obsesión con la palabra, que es la doctrina del verdadero ensayista. Creo que en ellos hay una inmersión de toda la vida en la potencia del lenguaje, pero a través del extrañamiento de la propia lengua. El poeta sólo dice la verdad en la lengua materna, creía Paul Celan; lo mismo puede decirse del ensayista, pero sólo a través de hacer de la lengua algo más que un regalo materno: una elección diariamente renovada. Ellos enseñan la importancia de mantener un pie fuera del castellano nuestro y fuera del mismo castellano. Pero es curioso: en México, o en el mundo castellano en general, hemos tenido pocos que se benefician de ese extrañamiento al escribir en otras lenguas o al escribir sólo en castellano, pero viviéndolo como sin vivir en él. Muchos intentan el extrañamiento, pocos lo logran, y algunos de los que lo logran no saben cómo regresar a la familiaridad total con la lengua que nunca utilizaron con propiedad. Porque sólo esos ensayistas como Zaid o Alatorre o Vitale, viajeros lingüísticos frecuentes, nos ha-

cen sentir la lengua simultáneamente como un caminar tranquilo, para andar en casa, o como una carrera vertiginosa entre los límites del único destino real del pensamiento: la palabra.

DE LADRONES DE BICICLETAS

Nos parece ridículo que los que andan a pie suban a progresar en bicicleta: creemos que deben tomar el avión. Resultado: todavía andan a pie, y así van a seguir. Lo realista es que el país avance en bicicleta y en avión. Lo realista es la bicicleta apoyada por el avión.

Gabriel Zaid, “¿Por qué no habrá empleos?”

“Es verdad, hemos leído considerable cantidad y calidad de ensayo, crítica, burla, economía y poesía en la bicicleta de Zaid”. Esto resulta una confesión sobranante si uno es de esos adolescentes que olió a mundo a través de la ventana hogareña de *Vuelta*. Otras cosas son más difíciles de aceptar.

Con el tiempo muchos nos hicimos “saber costoso”, y leer a Zaid se volvió acto de contrición. Siempre habla para uno: breve aforismo que con un suspiro crea y con otro destruye la vocación de “saber costoso”. Él ha sido el comentario más cruel e indispensable sobre lo que muchos no queríamos ser y acabamos siendo. Uno lo ha intentado, pero es difícil darle una sopa de su propio chocolate. Y esto ya es duro de confesar.

Más bochornoso es decir que hemos robado... ¡La de bicicletas que le hemos robado a Zaid! Es justo reconocerlo. Por mí lo digo: he contrabandeado al saber costoso mucho andar en bicicleta a la Zaid, le he hurtado bicicletas para andar rumbos profesionales para los que él nunca me hubiera prestado el instrumento.

Dicho lo cual, yo, un costoso profesor y nada más, regreso a lo mío, que ya está dicho que el ensayar es una destreza tan compleja que “los escritores mediocres no deberían ensayar: deberían limitarse al trabajo académico...”. Hasta aquí las zaidianas, me vuelvo a lo que es robado pero es mío. 